MARICA
LA DEL PUCHERO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REFUNDIDA

POR D. F. E. CASTRILLON.

REPRESENTADA EN EL TEATRO
DE LA CALLE DE LA CRUZ
EL AÑO DE 1805.

CON LICENCIA:

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,
AÑO DE 1808.

*Se hallará en la librería de Quiroga,
calle de las Carretas.*

PERSONAS:

Doña Isabel. . . . . Sra. Rita Luna.

Doña Elvira. . . . . . Sra. María García.

Don Diego. . . . . . . Sr. Antonio Ponce.

Don Cesar. . . . . . . Sr. Antonio Ortigas.

Ines. . . . . Sra. Josefa Virg.

Lucía. . . . . Sra. María Rivera.

Monzon. . . . . Sr. Mariano Querol.

Tristan. . . . . Sr. Josef García.

Julio. . . . . Sr. Francisco Baca.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una sala de la casa de Don Diego.

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Don César.

Ces. No me puedo detener,
quedaos Don Diego con Dios.
Diego. O no vais, ó he de ir con vos.
Ces. Ni uno ni otro puede ser.
Dexadme ir, y aquí os quedad,
pues en vano os empeñais.
Diego. Extraño mucho que hagais
tal desayre á mi amistad.
Ces. De una dama estoy citado,
no podeis venir conmigo.
Diego. Jamas estorba un amigo:
con eso mas descuidado
la podeis enamorar,
si miéntras la haceis terrero
la espalda os guarda mi azero.
Ces. No hay nada que recelar.
Diego. Pues tan fea es esa dama,
que no hay alguno envidioso
de su amor?
Ces. Estais gracioso,

pero la cita me llama.
A Dios.
Diego. Hablad con franqueza:
vais desafiado?
Ces. Sí
Diego. Por eso me toca á mí
acompañaros.
Ces. Vileza
sería llevar dos espadas
donde una sola me espera;
esto desdorarme fuera.
Diego. Pues que ya son excusadas
mis instancias, no sabré
de ese duelo la ocasion?
Ces. No.
Diego. Se opone á la opinion
decirla tambien?
Ces. No á fe;
pero si la ignoro yo
que la diga es desvarío.
Diego. Pues cómo así?
Ces. Un deudo mio
parece que ayer riñó
no sé por qué, ni con quién;
pero quedó concertado
ir cada uno acompañado
de un amigo, y no está bien
que salgan tres contra dos;
pues reñir con tal ventaja
en mí fuera accion muy baxa,
y fuera mal visto en vos.
Así que os quedeis os pido,
porque vamos hombre á hombre.

Diego. Cesar sois, y con tal nombre
nunca podeis ser vencido.
Id con Dios: pero mirad
que aguardo con impaciencia
el fin de aquesta pendencia.
Ces. Pronto vuelvo, á Dios quedad. *Vase.*

ESCENA II.

Don Diego y Monzon.

Monz. Oh que terrible hablador!
Diego. Ahí estabas?
Monz. Y enfadado
de verte tan porfiado.
Por cierto lindo favor
le has hecho con tus manías.
Diego. Por qué?
Monz. Si va á pelear,
y cansado va de hablar,
medio vencido le envias.
Diego. Viste á Doña Elvira?
Monz. Sí.
Diego. Y cómo está?
Monz. Qué sé yo
como estará: se quedó
contenta quando salí;
pero ya desesperada
ha de estár.
Diego Qué desespera
su hermosura?
Monz. Que te espera.
Diego. A qué hora?
Monz. A la mas menguada,
quando ni es dia, ni noche,

y lechuzas de trapillos
salen á chupar bolsillos:
ella te aguarda en su coche.
Diego. Dónde?
Monz. Junto á San Fermin
ha de ser á lo que entiendo.
Diego. Pues que yá va anocheciendo,
vamos.
Monz. Oyeme hasta el fin.
Diego. Si dices que aguarda ya,
vamos pues, que se hace noche.
Monz. Te dixe quien va en el coche,
mas no dixe quien no va.
Y en estas cosas de amor
para que la cuenta salga,
aunque lo que hay mucho valga,
lo que no hay es lo mejor.
Diego. Explícate.
Monz. Harélo así:
no va la maldita tia,
aquella que á medio dia
no vé un monte, y te vé á tí
en la noche mas obscura
si rondas á su sobrina.
Y es cosa bien peregrina
que la maldita figura
dice: Yo no puedo ver
ni á Don Diego ni á Monzon;
y en llegando la ocasion
demasido puede ver.
Diego Sin tan molesto testigo
hablar podré á Doña Elvira?
Monz. Todo quanto quisieras: Mira

si sale lo que yo digo :
Mejor que lo que hay , por Dios
es lo que no hay : Si ella fuera,
la cita se reduxera
á escuchar alguna tós,
y pasar toda la noche
en fantásticos desmayos,
hechos los dos lacayos
del lacayo de su coche.

Diego. Vaya , tiempo no perdamos
supuesto que es hora ya.

Monz. Dices bien : vamos allá ;
pero ay señor ! ya no vamos,
porque se entran de rondon
dos tapadas.

Diego. A buscarte
vendran.

Monz. A tí , que este arte
no es del arte de Monzon.

Diego. Saca luces de contado.

Monz. Bien hecho , que ya está obscuro,
y aunque un sol me las figuro,
con el manto está nublado. *Vase.*

ESCENA III.

Doña Isabel é Ines con mantos : Don Diego, y despues de los dos primeros versos Monzon que sale con luces.

Isab. Pues sois hombre principal,
ó el trage al ménos lo dice,
amparad á una infelice,
que huyendo de mayor mal
se viene á valer de vos

contra el rigor de un marido,
que zeloso y ofendido
me viene siguiendo (ay Dios!)
para quitarme la vida,
con sus deudos y parientes,
nobles todos y valientes.
Diego. En mí habrá quien se lo impida:
mas decidme la ocasion
de venganza tan injusta.
Isab. Es en la apariencia justa,
pues ofendí su opinion
por probar que soy honrada.
Diego. Mirad que os contradecis
en lo mismo que decis.
Isab. Á pesar de estár casada
no me puedo libertar
de ser amada de un necio,
sin que pudiese el desprecio
su loco amor enmendar.
Esta tarde le cité
para darle un desengaño
á su amor; mas por mi daño,
sin saber yo como fué,
llegó por casualidad
con sus deudos mi marido.
Diego. Y al galan, como ofendido,
dió la muerte?
Isab. No en verdad,
porque lo evitó ligero
huyendo.
Dieg. Mal caballero,
pues se dexa una beldad
expuesta.

Isab. Inmediatamente
corrió mi esposo á buscalle,
alvorotóse la calle,
por lo qual entre la gente
me metí, con intencion
de ir á casa de una amiga
donde estár, miéntras consiga
vindicar mi estimacion.
Mas por mucho que corrí
mi esposo á verme alcanzó,
y satisfacer pensó
todos sus zelos en mí.
Mirando mi muerte cierta
me arrogé en peligro tal
á entrar en vuestro portal,
y hallando abierta esa puerta
entré á pediros favor.
Diego. Qué dama no lo consigue?
Mas, señora, nadie os sigue,
sin duda vuestro temor
os pintó lo que no habia.
Monz. Ninguno os viene siguiendo.
Isab. Como ya va obscureciendo,
sin duda sucederia
que adelante se pasasen,
y no viesen que entré aquí.
Diego. Pudo suceder así. *hablan aparte.*
Monz. Dicha fué que no acertasen
á entrar. No es verdad? *á Ines*
Ines. No sé. *en voz baxa.*
Monz. Por qué habla baxo?
Ines. De susto.
Monz. Susto mayor y mas justo

es el que me dais.

Ines. Por qué?

Monz. Porque al ver una tapada
tan tamañito me quedo,
que me estremezco de miedo.

Ines. Es cobardía.

Monz. Y fundada;
la justicia con la capa
cubre el rostro del ladron,
y por la misma razon,
muger que mucho se tapa,
juzgo que es facinerosa,
y que tiene horrible cara,
pues ella se destapára
si supiera que es hermosa;
por esto al ver que os tapais
estoy temiendo, señora,
que aunque muger sois ahora,
en tarasca os convirtais.

Diego. Con que dos horas no mas
quereis honrar esta casa?

Isab. Miéntras el peligro pasa;
porque para lo demas
tengo una parte segura
donde estár miéntras mi esposo
se juzgue de mí quexoso.

Diego. Que corto tiempo me dura
la fortuna.

Isab. Demasiado
es para molestia ya.

Diego. Qué hombre á molestia tendrá
el tiempo que dedicado
esté á servir á una dama?

Isab. Galan sois.
Diego. El ser cortés
duda muy precisa es
de quien hidalgo se llama.
Tranquíla os podeis quedar
miéntras la calle paseo,
y si acaso en ella veo
motivo de recelar,
volveré al punto dispuesto
á hacer quanto me mandeis;
y sino hay nada, supuesto
que de estaros en mi casa
gustais, despues volveré,
y en todo obedeceré
vuestro gusto. *Isab.* Ya eso pasa
aun mas allá de clemencia;
pero esto ha de ser, señor,
pues me haceis tanto favor,
con la precisa advertencia
de que nadie me ha de ver,
ni entrará donde estuviere
fuera de vos, sea quien fuere.
Diego. Así lo prometo hacer;
pero porque esteis mas cierta
y vuestro temor se acabe,
de ese quarto es esta llave,
cerrad por dentro la puerta;
y estando solos los dos
abrireis quando querais.
Isab. En todo quien sois mostrais.
Diego. Dios os guarde.
Isab. Guardeos Dios.

Entran las dos en el quarto.

ESCENA IV.

Don Diego y Monzon.

Monz. Con que se quedan aquí?
Diego. Por dos horas solamente.
Monz. Y te marchas?
Diego. Ciertamente.
Monz. Pues mira, déxame á mí,
porque es cargo de conciencia
salir de casa á estas horas
dexando aquí dos solteras.
Diego. Te ha gustado la presencia
de la criada?
Monz. Tapada
se mantuvo; mas con todo,
yo conocí por su modo
que es criada bien criada,
y es muy justo ser cortés
con quien tiene tan buen talle.
Diego. Vamos á mirar la calle
y á ver á Elvira despues. *vanse.*

ESCENA V.

Doña Isabel é Ines.

Isab. Fuéronse ya?
Ines. Ya se han ido.
Isab. Qué te pareció mi gracia?
Ines. Mientes con tal eficacia,
que yo misma te he creido;
y con saber que jamás
has estado tú casada,
me parecia asustada
ver á tu esposo detrás.

Mas no me dirás, señora,
el fin de tan raro engaño?
Isab. Es buscar un desengaño,
hallarle, y quedar ahora
con un engaño mayor.
Ines. Engaño?
Isab. Pues el amor,
qué es sino un engaño, Ines?
Ines. Que la imágen de Don Diego
con tal fuerza se imprimió?
Isab. Qué mucho, si se grabó
con caractéres de fuego?
Víle por desgracia un dia
sobre un hermoso alazán,
tan brioso y tan galan,
que cautivó el alma mia.
Ines. Mil veces me has confiado
que de tu amor era objeto,
y en buscarle algun defecto
largos ratos has pasado.
Isab. Quise curar la pasion
que su gracia originó.
Ines. No es amor delicia?
Isab. No,
que es muerte del corazon.
Ines. Ello es que por remedio
te diste á pensar que era
cobarde.
Isab. Oxalá lo fuera,
pues así hallára yo medio
para curar este amor.
Ines. Qué locura tan extraña!
y en fin, con esta maraña

que hurdiste con tal primor,
qué quisiste averiguar?
Isab. Quise saber solamente
si era discreto y valiente.
Ines. Quién lo podria dudar?
Isab. Fingí que huyendo venía,
á su amparo me acogí,
y lo que ofreció por mí
rindió mas el alma mia.
Ines. Con que ello es que por las trazas
el exámen se ha acabado.
Isab. Sí, y ha quedado aprobado.
Ines. Mira que las calabazas
no sean luego para tí.
Isab. Qué es lo que decirme quieres?
Ines. Que hay en Madrid mas mugeres.
Isab. Son muy pocas para mí.
Ines. Por esa fanfarronada,
andaluza te creyera,
si en Plasencia no supiera
que has nacido.
Isab. No habrá nada
que se oponga al gusto mio.
Jóven, sola, con hacienda,
y sin mas freno ni rienda
que el natural alvedrío,
quién me puede sujetar?
Ines. Y si alguno lo intentára
bravo chasco se llevára:
ya sabrias apelar
á un embrollo bien hurdido,
y que lo sabes hacer,
tales, que te ví creer

lo propio que habias fingido.
Isab. Todos los que embrollos llamas,
son graciosas niñerías
de mi ingenio, cosas mias.
Ines. Caras para algunas damas.
Mas vaya, pues ya has sabido
que nuestro Don Diego es
valiente como cortés,
y galan como entendido:
qué falta que hacer aquí?
Isab. Si le amo de esta manera,
lo que falta es que me quiera.
Ines. Bien hará si lo hace así.
Y de César que has de hacer,
que, como ves, te enamora,
te sigue, obsequia y adora.
Isab. Si no le puedo querer,
y él lo sabe, que dé muerte
á su amor, y que su fuego
se pase todo á Don Diego.
Ines. Y miéntras que vuelve á verte
qué has de hacer?
Isab. Abrir su quarto
y verlo todo muy bien.
Ines. Quiera el cielo que con bien
salgamos de aqueste parto.
Isab. Toma esa luz y abriré,
pues dixo que ésta es la llave.
Ines. Sin abrir qualquiera sabe
lo que habrá en el quarto.
Isab. Qué?
Ines. En la pared telarañas,
espadas en los rincones,

guitarra, libros, rejones,
y testigos de sus mañas
en el suelo.
ab. Yo no entiendo
qué testigos son?
Ines. Papeles
que fuéron amigos fieles,
y entre el polvo están gimiendo,
suelen sellarlos los brazos
si la mano los escribe,
y luego quien los recibe
los hace dos mil pedazos.
Isab. Mas pedazos haré luego
á él y á quien se los escriba
miéntras yo le quiera y viva.
Ines. Lástima tengo á Don Diego:
tambien es cosa cruel
si nunca el pobre te amó.
Isab. Pues por fuerza le amo yo,
quiérame por fuerza él. *vanse.*

ESCENA VI.

Vista de campo: salen D. Diego, Elvira y Monzon.

Elv. Poca gente hay en el prado.
Diego. Extraño que así suceda.
Monz. Tendrán frio como yo.
Elv. Pues la noche está serena.
Monz. Mi frio es de ver mi amo,
que viene de esa manera
mano á mano con su dama,
y sin decirla siquiera
un requiebro. *Diego.* Fácilmente

puedo darte la respuesta
diciendo la causa.

Elv. Dila;
quizá lograrás con ella
satisfacer á los dos.

Monz. Eso llaman en mi tierra
matar dos páxaros juntos
tirando solo una piedra.

Diego Obsequiaba á Doña Elvira
con las mayores finezas
un galan tan lisongero
como engañador, que es muestra
de ser amor algo falso
quando mucho se pondera.
Dio en obsequiar á otra dama,
y Elvira, cuya belleza
es demasiado divina
para sufrir competencias,
sin querer oir sus disculpas
lo despidió.

Elv. Si esto hiciéran
todas las damas, yo sé
que mas cuerdos anduvieran
los hombres. Sigue adelante.

Diego. Por aquel tiempo yo era
idólatra de unos ojos,
á cuyas luces pudiera
ver claros mis desengaños,
si ciego no me tuvieran
sus divinos resplandores,
pues sus niñas....

Monz. Qué te elevas
Señor?

Elv. Déxale Monzon,
que como vé las estrellas
se le recuerdan los ojos
de su querida.
Diego. No fuera
extraño me recordáran
aquellos ojos, pues si ellas
se ocultan quando el sol nace
los ojos de Laura bella
perdiéron todo su brillo
quando tu sol se presenta.
Elv. Discretamente en favor
supiste trocar la ofensa.
Monz Bendito sea el concepto
que serenó la tormenta;
como digo de mi cuento...
Prosigue.
Diego. Por ciertas quejas
que amor no pudo sufrir
olvide la pasion ciega
que tenia á aquella dama.
Elv. No reparas que te dexas
por contar quantos suspiros
te costó.
Diego. Bien se me acuerdan;
y sé que no fuéron tantos
como los que á ti te cuesta
la ingratitud de Don Cárlos.
Elv. La dama recibe ofensa
quando el galan su beldad
por otra beldad desprecia;
pero el hombre nada pierde.
Diego. Eso es decir que en tus quejas

no tuvo parte el amor.
Elv. Mis agravios solo era
lo que lloraba
Diego. Y los mios
sentia yo.
Monz. Norabuena,
llorad por lo que gusteis,
con tal de que no se pierda
el hilo del cuento.
Diego. En fin,
mútuamente nuestras quejas,
ó fuesen nuestros agravios...
Monz. Sí, porque no haya pendencia.
Diego. Comunicamos los dos,
y de aquesta conferencia
nació la resolucion
de amarnos con forma nueva
de amor: es decir, con esto
que viendo por experiencia
que todo aquel aparato
de requiebros y finezas,
son vanas galas de ingenio,
sin que tenga parte en ellas
la verdad del corazon,
tratamos que nuestras lenguas
la pasion no ponderasen,
contentos con darnos pruebas
que su firmeza acrediten.
Elv. Y tú para darme muestras
de que obedecerme quieres
con tan fria indiferencia
me tratas, que necesito
hacerme bastante fuerza

para creer que tu silencio
es hijo de tu obediencia;
pero has de saber Don Diego,
que si la naturaleza
los ojos nos dió, y los oidos,
es para que no se crea
ni sin ver lo que se oye,
ni sin oir lo que se vea,
y en las cosas de amor
mas fácilmente creyera
lo que escucho, y no lo veo,
que lo que veo, si acierta
á ser contrario lo que oigo.

Diego. Sentencia bastante nueva
es esa tuya.

Elv. El amor
no lleva en los ojos venda?
Ademas de eso la dama
no puede ver las finezas
de su galan, si la luz
la falta; pero sus quejas
ó sus favores los oye
perfectamente, aunque sea
en la obscuridad mayor.

Diego. Pues ya que, segun enseñas
propicia es la obscuridad
á los amantes, quisiera
que sin mas luz que tus ojos
vieses las terribles penas
que me costó mi silencio,
y que te amo de manera
que dudo que puedas darme
la debida recompensa,

que mi cariño merece.

Elv. Una guirnalda te diera
á saber la deseabas.

Diego. Eso coronarme fuera.

Elv. Con la yedra de mis brazos,
pues si al olmo se une ella,
sin separarse jamás
miéntras la vida conserva,
símbolo debe de ser
de mi constante fineza.

Diego. Á no haberte dado el alma
con los brazos te la diera.
Ves Monzon que fin dichoso
tuvo el cuento?

Monz. Á buena cuenta
que no lograrás tal dicha
si aquella tia viniera;
pero repara que es tarde.
Este hombre no se acuerda *aparte.*
de las cosas que hay en casa.

Diego. Quando Doña Elvira quiera
retirarse, harás que llegue
el coche.

Elv. Yo ántes quisiera
beber agua.

Diego. Traes barro? *á Monzon.*

Monz. Pues soy por ventura hembra
para ir cargado de barros?

Diego. Por fortuna está muy cerca
mi posada. Allí habrá dulces,
y si me haces la fineza
de venir....

Elv. Para premiarte

en algo la buena nueva
de tu amor, admitiré
el convite.

Monz. Esta es mas negra: *aparte.*
señor, no tienes memoria?
Y aquellas damas que dexas
en casa?

Diego. Terrible apuro!

Elv. Qué te dice?

Diego. Me recuerda
mi obligacion.

Monz. Qué mentira *aparte.*
irá a decir?

Diego. Mejor fuera
ir á una confitería,
así elegirás en ella
los dulces que mas te agraden.

Elv. Los que tú en tu casa tengas
serán los que mas me gusten:
vamos, tiempo no se pierda.

Monz. Si los dulces que hay en casa
amargan.

Elv. Es extrañeza
particular.

Monz. No sabeis
que polillas tan peruersas
son las que hay en nuestro quarto.
Apuesto á que no nos dexan
cosa á vida.

Diego. Calla necio.

Elv. Don Diego, disculpa es esa,
y ya sabes qve no creo
facilmente. *Diego.* Quando veas

que te hablo con claridad
lo creeras.

Monz. Mentira nueva. *aparte.*

Diego. Lo que me acordó Monzon
es que esta noche Don César
ha salido á un desafio;
y yo por cumplir la deuda
de mi amistad, prometí
ir á saber la pendencia
en qué ha parado.

Elv. Él me engaña, *aparte.*
mas disimular es fuerza
hasta mejor ocasion.

Diego. Qué respondes?

Elv. Que pudiera
responderte en este caso?
Ves á cumplir con la deuda
de tu amistad, pues es justo,
y conviene á tu nobleza.
Monzon, haz que llegue el coche. *vase.*

Diego. Vas enojada?

Elv. No encuentra
ningun motivo mi enojo.

Diego. Puedes estar satisfecha
de que ésta es la casa.

Elv. Vamos
Don Diego, pero no quieras
añadir nuevas disculpas,
pues me obligarás con ellas
á dudar lo que he creido.

Diego. Hermosa eres y discreta. *vanse.*

ESCENA VII.

Sala de la casa de D. Diego, Isabel é Ines, saliendo del quarto.

Isab. Ya estoy quejosa de ver
lo que Don Diego se tarda;
pues sabiendo que le aguarda
en su casa una muger,
el detenerse es indicio
de que con otra estará,
á quien perdido amará
para que yo pierda el juicio.
Ines. Don Diego tiene disculpa,
miéntras ignora tu amor.
Isab Ya conozco que en rigor
es mia toda la culpa.
Ines. Pues declárate, y despues
feliz ó infeliz te llama.
Isab. Si quiere bien á otra dama
mal me aconsejas Ines.
Ines. Temes quedar desairada?
Cómo así humillas tu brio?
Isab. No se rinde el pecho mio,
pero tieneme enojada
ver descuidado á Don Diego
quando mi peligro piensa,
y se obliga á mi defensa.
Vésme por la silla luego,
y vamos de aquí.
Ines. Yo voy....
pero él llega.
Vá á entrar y vé á Don Diego.

ESCENA VIII.

Dichas, y Don Diego desde la puerta.

Diego. Esta señora,
que hace?
Ines. Suspira y llora.
Diego. Pues decidla que aquí estoy.
Ines De buena gana; esperad:
señora, Don Diego...
Isab. Dí.
Ines. Puede entrar á verte?
Isab. Sí.
Ines. Voy á decirselo: entrad.
Notable capricho es
pedir licencia en su casa!
Isab. En oyendo lo que pasa
ves por la silla despues.
Diego Vos seais muy bien hallada.
Isab. Y vos, señor, bien venido.
Diego. Cómo del susto os ha ido?
Isab. Como de vos amparada.
Diego. Segura la calle está.
Isab. Basta haberla vos mirado.
Diego. Qué hora es?
Isab. Las once han dado.
Diego. Las once? pues tarde es ya.
Isab. Sí señor: que como vos
estado habeis divertido,
el tiempo no habeis sentido
que yo sentí por los dos.
Diego Vos sentirlo? no juzgaba
que tanto favor me haceis
pensando así en mí.

Isab. No veis
que era yo la que esperaba?
Diego. Si tanto me ha detenido
fué por mirar cuidadoso...
Isab. El qué?
Diego. La calle.
Isab. Engañoso! *aparte.*
Ya, señor, he conocido
que estaríades mirando
algo, que cuidado os diera.
Diego. Os explicais de manera,
que casi voy sospechando
que tenis zelos de mí,
y fuera extraño capricho.
Isab. Por qué causa?
Diego. No habeis dicho
qué teneis esposo? *Isab.* Sí.
Diego. Pues ya qué os puede importar
que yo tenga amores.
Isab. Nada.
Y puesto que estoy casada
y de mí os podeis fiar,
decidme, qué tal os fué
con la dama que obsequiais?
Diego. Sino la tengo.
Isab. No hagais
que me enoje.
Diego. Pues por qué?
Isab. Pretendo ser vuestra amiga,
y fuera por cierto injusto
que me oculteis vuestro gusto,
y yo mis penas os diga.
Diego. Segun vuestra situacion

en vos fué necesidad,
y en mí fuera necedad.
Isab. No comprehendo la razon.
Diego. Porque yo os pude servir
vuestras penas me contais.
Isab. Tan inútil me juzgais,
que no os puedo yo servir
en las vuestras ?
Diego. Mi amor es
mas feliz que le juzgais.
Isab. Con qué ya le confesais
vésme por la silla, Ines.
Diego. Aquí hay un oculto duende *aparte.*
que es preciso descubrir.
Paréceme que el oir
que tengo amor os ofende.
Isab. Delante de una beldad
hablar de otra es grosería.
Diego. Aquí fué galantería.
Isab. Galantería ?
Diego. Escuchad.
Ines. Voy ya por la silla.
Isab. Espera.
Diego Quien tanto en volverse tarda
quando una dama le aguarda,
sin duda grosero fuera
si otra dama no causase
su prolixa detencion.
Isab. No sé que sea atencion
hacer que la una esperase
por estar con la otra hablando.
Diego. Por qué si aguardan las dos?
Isab. La otra esperaba ?

Diego. Qual vos,
 tambien me estaba aguardando.
Isab. Y á la cita cierro es
 que fuísteis ?
Diego. Y tan contento,
 que juzgué un corto momento:::..
Isab. Vesme por la silla, Ines.
Diego. Vuestro enojo es tan extraño,
 que me obligais ciertamente
 á que todo el lance cuente,
 aunque sea en vuestro daño.
Isab. Daño mio es descubrirlo ?
 muy necio sois, vive Dios.
Diego. Saberlo os pesará á vos,
 y me estará mal decirlo.
Isab. A mí me puede pesar ?
 luego creis que os tengo amor ?
Diego. Una casada es error
 creer que pueda enamorar ;
 y aunque así llegase á ser
 no os debiais enojar,
 pues si os hice yo esperar,
 vos me hicisties detener.
Isab. Ines, oyes esto ?
Ines. Sí :
 mas la silla...
Isab. Aguarda un poco,
 pues juzgo volverle loco,
 y él me vuelve loca á mí.
Diego. En fin, si me dais licencia
 os diré que la ocasion
 de mi larga detencion
 ha sido...

Isab. Qué?
Diego. Una pendencia.
Isab. Y con quién?
Diego. Con vuestro esposo,
y los demas que os seguian,
entrar aquí pretendian,
mas yo me opuse animoso:
reñimos, y los vencí:
nada mas puedo contar.
Isab. Y era eso lo que pesar
habia de darme?
Diego. Sí:
porque vuestro esposo es
quien tan necio se empeñó,
que por fin...
Isab. Qué hubo?
Diego. Murió.
Isab. Vesme por la silla, Ines,
que esto es ya mucho mentir.
Ines. Ántes andubo acertado:
tú por fingir te has casado,
y ahora enviudas por fingir. *vase.*

ESCENA IX.

D. Diego y Isabel.

Diego. Segun lo visto, recelo
que pensais que os miento yo.
Isab. Que he de decir si murió?
téngale Dios en el cielo.
Dieg. Extraño dudeis así
que haya con ellos reñido,
quando yo luego he creido
que os siguiéron hasta aquí.

Isab. Lo creo, y agradecida
os estoy; pues de esa suerte
quando le disteis la muerte
me habeis dado á mí la vida.
Sí, que al mirarle embustero *aparte.*
mi amor se disminuyó.
Diego. Pues por vos me expuse yo,
de vuestro favor espero
que no me encubrais la cara.
Isab. Ya me hubiera descubierto
si al otro no hubieseis muerto.
Diego. No ví discrecion mas rara.
Isab. Ay!
Diego. Qué teneis?
Isab. Que ha venido
un hombre, y sino me engaña
la distancia...
Diego. Otra maraña.
Isab. Deudo es.
Diego. De vuestro marido?
Isab. Dexad chanzas; y pues sois
noble, mirad que mi vida
está en no ser conocida.
Diego. Un puro misterio sois;
pero adentro os retirad,
porque por vos y por mí
nadie ha de pasar de aquí. *vase Isabel.*

ESCENA X.

Don Diego y Cesar.

Ces. Con la poca claridad
de la luz del corredor,
ví una muger allá fuera,

y á ser posible creyera
que era Ines; pero es error,
porque con qué intento aquí
habia de entrar Ines,
y á estas horas.
Diego. César es.
Ces. Es Don Diego?
Diego. Amigo, sí.
Ay lance mas apretado! *aparte.*
Cómo, en fin, ha sucedido?
Ces. Un contrario queda herido.
Diego. Y vuestro deudo?
Ces. En sagrado.
Mas por mi seguridad,
hasta saber lo que pasa
yo me vengo á vuestra casa;
y así aquí dentro. .
Diego Esperad
un poco, pues sois mi amigo,
hasta que salga una dama
de calidad y de fama
que estaba hablando conmigo,
y de vos se ha recatado;
aquí importa una mentira, *aparte.*
porque es...
Cesar. Quién es?
Dieg. Elvira,
que por hallarse en el prado
aqueste favor me ha hecho.
Cesar. Mas vale que Elvira sea
porque mis zelos no crea, *aparte.*
y quede yo satisfecho.

ESCENA XI.

Dichos, Monzon y luego Elvira.

Monz. Señor, Doña Elvira viene.
Cesar. Elvira? no decis vos
que era esa dama?
Dieg. No es:
mas por lo mismo por Dios
callad delante de Elvira.
Señora, tanto favor? *yendo á recibirla.*
Elv. Sí, Don Diego, que el disgusto
de Don César sentí yo
por el tuyo, y su peligro,
de suerte, que el corazon
no sosegaba hasta ver
en lo que el duelo paró.
Isab. al paño. Amistad es muy antigua,
no hay sino paciencia, amor.
Ces. Todo ha sucedido bien;
y pues no fué discrecion
estorbar conversaciones
de amantes, ahora me voy,
pero volveré muy presto.
Ines fué la que salió: *aparte.*
pues Don Diego me ha mentido,
así será lo mejor
ir á casa de Isabel
á saberlo. Guardeos Dios. *vase.*

ESCENA XII.

Don Diego, Doña Elvira y Monzon.

Elv. Muy buena casa teneis.
Diego. Casa de mozo en rigor.

Elv. Estudiais en ese quarto?
Monz. De aquesta vez nos pescó.
Diego. Hay estudio: mas no entreis.
Elv. Que no entre? por qué no?
Diego. Porque hay cierto inconveniente.
Elv. Por eso he de entrar mejor.
Diego. Mirad que en nada os ofendo.
Elv No importa: resolucion
tengo de ver quanto hnbiese:
y así...
Diego Dexadlo por Dios,
porque no ha de ser posible.

ESCENA XIII.

Dichos é Ines.

Ines. Señora, las once son...
Ay Dios mio! *viendo á Elvira.*
Elv. No sigais,
porque la dama no soy
á quien viene ese recado.
Aseguradme, traidor,
que no es cosa que me ofende.
Diego. Y es la verdad, vive Dios.
Elv. Como, si teneis hay dentro
una dama. *Dieg.* Qué afliccion!
Elv. Dí que es cosa de un amigo.
Dieg. Tienes, Elvira, razon:
mi primo vino con ella.
Elv. Por qué causa la dexó
en tu quarto?
Dieg. Miéntras tanto
que toma satisfaccion
de un galan que á sus amores...

ESCENA XIV.

Dichos y Doña Isabel.

Isab. Señora, todo es ficcion:
pues yo no vine con nadie
sino con este señor,
de cuyo amor me he valido
para cierta pretension.
Dieg. Decid tambien lo demas,
y del modo que pasó.
Isab. Lo demas es que este hidalgo
es tan bello como el sol,
y mi corazon de cera
al punto se derritió.
Lo demas es que le tengo
el mas finísimo amor:
que hemos estado un rato
en buena conversacion:
que le debo el arriesgar
su persona por mi honor:
que en esto vino Don Cesar,
que esconderme me mandó,
que llegasteis vos despues,
y mi criada tras vos;
y lo demas finalmente
es que ya las once son,
y que ha venido mi silla,
y por ser tarde me voy
de vos muy enamorada. *á D. Diego.*
y muy zelosa de vos; *á Doña Elv.*
y pues que no falta mas,
quedaos, señora, con Dios.
Ines. Le das la llave del quarto?

Isab. No se la doy.
Ines. Por qué no?
Isab. Por llevar algo de aquí,
ya que el alma dexo yo. *vanse.*

ESCENA XV.

Don Diego, Elvira y Monzon.

Dieg. Señora, oid, esperad.
Elv. Si es por mi satisfaccion
ya estoy de todo enterada,
y para siempre me voy. *vase.*

ESCENA XVI.

Don Diego y Monzon.

Monz. Todos huyen de la quema.
Dieg. Oye Elvira: ay tal rigor!
Monz. Qué es oir? por Jesucristo
que vá por el corredor
como los perros con maza.
Dieg. Pues iré por ella yo,
á que escuche las verdades
de mi amante corazon.
Monz. La quiere de veras?
Dieg. Sí.
Monz. Y esta otra que te buscó!
Dieg. Esa me ha de volver loco;
pero es preciso, Monzon,
tener á Elvira segura
no me quede sin las dos. *vase.*
Monz. En esto si que acreditas
que eres diestro cazador.

ACTO II.

El teatro figura una sala de la casa de Elvira.

ESCENA PRIMERA.

Julio, Isabel en trage de criada, y Lucía.

Luc. Con que esta es la niña á quien
esperaba mi señora.
Isab. Y muy vuestra servidora.
Luc. Yo lo soy vuestra tambien:
sentaos, y aguardar podeis
á mi señora que está
peinándose.
Jul. Acaba ya.
Luc. Al instante la vereis.
Ha mucho que está en la corte? *á Isabel.*
Isab. Dos dias.
Luc. Pues no fué escasa
su dicha en encontrar casa
tan pronto.
Jul. Y casa de porte
como ésta.
Isab. Qué tal genio
tiene el ama?
Luc. Como flores,
y sino tuviera amores...
Jul. La hermosura y el ingenio,

son las causas de ese mal.
Isab. Dicen que tiene una tia.
Luc. Esa es Doña Mencía;
vieja mas descomunal,
ni genio mas insufrible
nunca en el muudo se vió.
Hoy á un pueblo se marchó,
y quizás será posible
que no vuelva á darnos guerra.
Tres Doctores la asistian,
y á tomar ayres la envian;
pero ella tomará tierra.
Jul. No entrais el recado?
Luc. Sí.
El gusto de murmurar
me lo habia hecho olvidar.
Esperad un rato aquí. *vase.*

ESCENA II.

Doña Isabel y Julio.

Jul. Con que en fin, ya está entablada
esta graciosa mentira,
y en casa de Doña Elvira
te presento por criada:
te admitirá ciertamente,
y la servirás á fé.
Isab. Sí, Julio: la serviré;
mas de estorvo solamente.
Jul. Lástima tengo á su amor.
Isab. Si siempre son los criados
enemigos no excusados,
no haré otra cosa en rigor
que desempeñar mi oficio

si me muestro su enemiga.
Jul. Qué á tanto el amor te obliga?
Parece has perdido el juicio.
Pero dí, qué te hizo Ines
que la despediste así?
Isab. Quanto mas léjos de mí
mejor mi criada es.
Jul Por cierto que no te entiendo.
Isab. Tienes, Julio, poca ciencia;
quando vine de Plasencia
Ines estaba sirviendo
en casa de un Comerciante
que es vecino de Don Diego;
salió de allí, y vino luego
á servirme.
Jul. En el instante
su despejo te agradó.
Isab. Sí, Julio, y debo decir
que no me puede servir
como entónces me sirvió.
Jul. Qué hizo, pues?
Isab. Darme noticias
del mismo que yo adoraba.
Jul. Con que en eso se empleaba?
Miren que lindas primicias.
Isab. Pasó lo que sabeis ya:
formo el proyecto que ves,
y al punto despido á Ines
para que se vuelva allá
en casa del Comerciante,
no en calidad de criada,
sino desacomodada,
porque pueda á cada instante

y con toda libertad
salir quando nos convenga.
Jul. No haya miedo se detenga
en pelillos, que en verdad
la muchacha es para todo.
Isab. Tú con ella has de entrar luego
en el quarto de Don Diego.
Jul. Ya lo sé: mas de qué modo,
porque pienso yo que él
de este enredo nada sabe.
Isab. Ines tiene ya la llave
y ha estudiado su papel.
Jul. Yo no creo que haya de ir
á su quarto Doña Elvira.
Isab. Yo bien sé que no es mentira.
Jul. Quién te lo pudo decir?
Isab. Ines, con la que Monzon
trabó muy grande amistad
viviendo en la vecindad;
y ya con esta ocasion
renobó el conocimiento
antiguo.
Jul. Gracias á Dios
que os habeis juntado dos
capaces de armar un cuento
sobre la misma conciencia
del mas taimado alguacil,
que es la cosa mas sutil
que crió la Omnipotencia.
Y la casa que has mandado
tomar en el Avapies,
para quién demonios es?
Isab. A nombre la has alquilado

de Doña Juana Vergara.
Jul. Y quién es esa señora?
Isab. La que Ines llamas ahora.
Jul. No ví mentira mas rara.
Isab. Tú su escudero has de ser
el tiempo que allí estuviere,
y aquese nombre tuviere.
Jul. El juicio me harás perder
con las cosas que me encargas
aunque ninguna me quadre,
soy tu escudero, tu padre,
y despues de esto me alargas
como una alhaja prestada,
que una amiga te ha mandado
á que sirva de criado
á tu preciosa criada:
aun recelo que en caballo
me has de querer convertir.
Isab. Á Elvira veo salir,
calla al instante.
Jul. Ya callo,
Dios ponga en mi lengua tiento.

ESCENA III.

Dichos, Doña Elvira y Doña Lucía.

Jul. Déme los pies vuesarced
si merezco tal merced.
Elv. Alzad, que me dais contento
al veros tan diligente.
Que pronto que habeis traido
á vuestra hija.
Jul. He creido
la aguardabais impaciente.

Isab. Y yo lo estaba tambien.
Elv. Y por que?
Isab. Porque en mi idea
el bien que no se desea
viene á ser dos veces bien.
Elv. Cómo te llamas?
Isab. María.
Elv. Y el apellido?
Isab. Grosero.
Jul. Marica la del Puchero
la suelen llamar.
Elv. Y explica
su linage ese apellido,
ó alguna gracia que tiene?
Isab. De una gracia mia viene,
pero yo nunca he creido
que pueda haber gracia en mí.
Elv. Si que la tienes á fé:
pero cuéntame el por qué
han dado en llamarte así.
Isab. Como yo soy de Alcorcon,
que es patria de los pucheros,
allá los mozos chanzeros
qualquiera comparacion
á los pucheros refieren
porque otra cosa no vén;
dicen les parezco bien,
y que mis ojos les yeren;
pero que si mis agravios
no me es posible vengar,
entónces suelo formar,
frunciendo mucho los labios,
entre la ira y el mimo,

un puchero.... verbi gratia:
hace un gesto.
tengo tambien otra gracia,
y es que de corage gimo,
y como es fuerza primero
labrar el barro con fuego
y con agua, para luego
formar con él el puchero,
dicen que aquel que hago yo
para pintar mis enojos,
con el fuego de mis ojos
y mi llanto se formó.
Esta ha sido la razon
de darme tal sobre nombre.
Elv. Vaya que tiene tu nombre
graciosa derivacion!
Tienes algun conocido
en la Corte?
Isab. Si tuviera
alguien que me conociera
jamás hubiera podido
venir á servir.
Elv. Por qué?
Isab. Porque entónces se sabria
para lo que yo servia.
Elv. Jamás tal donaire hallé!
Con que nadie ha de abonar
tu conducta?
Isab. Es desvarío,
si de mí misma no fio,
quién, decid, me ha de fiar?
Elv. Pues sin embargo María,
yo te recibo al instante.

Jul. No es porque ella esté delante,
ni porque sea hija mia:
mas no podeis escoger
moza tal para el trabajo,
una casa de alto abaxo
es capaz de revolver.
Isab. Y en la vuestra ciertamente
que mucho mejor lo haré:
todo lo revolveré,
pues vengo á eso solamente.
Elv. Revolverla? Cómo así?
Isab. Porque en serviros ansiosa
no hay labor, hacienda, ó cosa
que no tome sobre mí.
Elv. Y díme, sabes bordar?
Isab. Sé todo lo que mandeis,
mas por Dios no me obligueis
á que me haga de elogiar.
Dentro de muy pocos dias
nadie como vos sabrá
lo que yo sé hacer.
Elv. Pues ya
que de ese exámen te fias
verémos tu habilidad.
Mas que criada, mi amiga
serás. *Isab.* Nunca tal se diga.
Elv. Pues no quieres mi amistad?
Isab. Porque la miro imposible.
Elv. Extraña cosa por Dios.
Isab. Si envidia me causais vos,
decidme, cómo es posible
que yo sea vuestra amiga?
Os juro que deseara

que nadie viese esa cara,
que á tanta envidia me obliga.
Elv. Cumplimiento mas gracioso
no se puede imaginar.
Mis penas te he de fiar,
pues de tu ingenio precioso
mucho me pienso valer.
Isab. Con atencion las oiré,
y despues de todo haré...
Elv. El qué?
Isab. Lo que pueda hacer.
Jul. Pues ya queda recibida,
mirad si algo me mandais.
Elv. Retiraos quando querais.
Jul. Guarde el cielo vuestra vida,
y ella pórtese de modo
que no me dé que sentir.
Isab. Descuidado os podeis ir.
Jul. Ya lo sé: mas no del todo;
pues si tamaña mentira *aparte.*
se llegase á averiguar,
soy Julio, y me han do agostar
entre Don Diego y Elvira. *vase.*
Elv. En peinandome, Lucía
tu obligacion te dirá.
Luc. Y muy gustosa lo hará:
agur, salada María. *vase.*
Elv. Nunca recibí criada
que me complaciese tanto,
quitarte puedes el manto
para estar mas descansada. *vase.*

ESCENA IV.

Doña Isabel sola.

Isab. Pobre manto mio,
disfraz del amor,
dexa que te doble
hasta otra ocasion;
trage humilde eres,
soberbia soy yo,
quizás malas migas
harémos los dos.
Enséñame el arte
que siempre se usó
entre las criadas
pues ya lo soy yo.
Tomar quanto diesen,
mentir sin temor,
hablar mal del ama,
servirla peor.
Hablar mal de mi ama
es mi obligacion.
Cómo he de hablar bien
de quien me mató?
Servirla mal debo,
pues ello en rigor
soy una criada
que nunca sirvió,
y que si la sirvo
en esta ocasion,
es con la esperanza
de mandar mejor.
Mas ay, que aquí llega
el que me obligó

á usar de este trage:
valor corazon,
pueda el disimulo
triunfar del amor,
para que este triunfe
con fuerza mayor.

ESCENA V.

Doña Isabel, Don Diego y Monzon.

Monz. Entra, pues no esta la tia.
Ola, señor! Cara nueva
hay en casa.
Diego. Y me parece
harto graciosa. *Isab.* Ya empieza
mi oficio: pues caballero
alabo vuestra llaneza.
No hay sino entrar de este modo
donde vive una belleza?
No hay aldaba ó campanilla?
Diego. Estaba abierta la puerta,
y por eso....
Monz. Sí: por eso
diz que entra el perro en la iglesia.
Isab. Quién sois? que es lo que buscais?
Diego. Tu enojo, señora, templa,
y no pongais mala cara
quando la teneis tan buena:
si á entrar me he determinado
sin esperar la licencia,
es porque yo soy de casa.
Isab. Ignoraba yo que hubiera
en ella tales criados:
sois Gentil-hombre?

Monz. Por fuerza.
Es hombre, y á Elvira adora,
con que segun esa cuenta
es gentil por el amor
y hombre por naturaleza.
Isab. Vaya de equívoco y gracia:
mas no se equivoque, y crea
que sus gracias no hacen gracia.

ESCENA VI.

Dichos, Doña Elvira y Lucía.

Elv. Pues con quien armas pendencia,
María?
Isab. Con el señor,
que sin aguardar licencia....
Elv. Ya ha mucho que se la he dado,
pues no he de negar mi puerta
á quien tengo dada el alma.
Isab. Mi propia ignorancia sea
mi disculpa. Buen principio. *aparte.*
Diego. Desde quándo esta doncella
has recibido?
Elv. Ahora mismo;
y ha de ser la confidenta
de nuestra pasion. *Isab.* Si está
tan adelantada ella
muy poco tendré que hacer.
Diego. Qué donaire manifiesta!
Pero, dueño mio, es tarde.
Elv. Lucía, con toda priesa
haz que el coche pongan. Tú, *vase Lucía.*
María, estarás dispuesta,
pues has de venir conmigo.

Isab. Adonde saber quisiera.
Elv. Á la casa de Don Diego;
pues estando en la carrera
por donde pasan los Reyes,
que Dios mil años mantenga,
y en público van á Atocha,
como galan me festeja
con su balcon.
Isab. Ciertamente
que me doy la enhorabuena
por haber llegado á tiempo
de presenciar esa fiesta;
pero señora, en mi pueblo
se admirarian si vieran
ir una dama á la casa
de su galan. *Diego.* Aunque sea
extraño que lo haga Elvira,
tiene disculpa muy buena,
en que va á ver la funcion.
Isab. Y teneis para esa fiesta
convidadas mas señoras?
Diego Ninguna en mi quarto entra
sino Elvira.
Elv. Que sé yo?
pues si el lance se me acuerda
de anoche....
Diego. Aun estás sentida
despues de las muchas pruebas
que te dí de mi verdad
anoche mismo en la reja?
Elv. Los zelos dificilmente
se curan. Bien se me acuerda
todo lo que me dixiste

para probar tu inocencia.

Diego. Y yo me acuerdo tambien,
que quedando satisfecha,
los brazos me hubieras dado
si esta dicha no impidieran
los hierros.

Elv. Tómalos ahora,
pues es justo que la deuda
cumpla. *va abrazarle.*

Isab. Ay! *tira el manto sobre una silla, y ellos se separan.*

Diego. Qué es eso?

Isab. Ya nada,
mas juzgué que mucho fuera.

Elv. Pero qué ha sido?

Isab. Una aguja
que estaba en el manto puesta,
picóme, y sino me quexo
hasta el corazon me llega.

Monz. Jesus, que aguja tan larga!

Luc. El coche, señora, espera.

Isab. Pues vamos allá corriendo,
que yo siempre estoy dispuesta
siendo este todo mi ajuar.

Dieg. Una ventura como esta
jamás pensé disfrutarla.

Elv. Mas merece la firmeza
de tu cariño: Monzon,
que llegue el coche á la puerta.
Vienes María? *vanse.*

Isab. Ya voy:
valgame Dios, y que agena
vas de lo que allá te aguarda:
si en el quarto á la hora de esta

está Ines como previne,
no volverás muy contenta.

ESCENA VII.

Vista de calle, Ines y Julio.

Ines. Ande Julio.
Isab. Ya andarán:
parécela que no llevo
poco peso en esta capa,
y en mis años.
Ines. Nunca es bueno
un viejo para estas cosas
Julio Mejor fuera por lo mesmo
dexarme en casa rezando
y no hacerme andar en estos
embrollos como un muchacho.
Ines Calla, y no perdamos tiempo,
pues ya miramos la casa
dande vamos.
Jul. Y en efecto,
tienes la llave?
Ines. Del quarto
de estudio; pero no tengo
la de la puerta de afuera.
Jul. Y como diablos haremos
para abrirla?
Ines. Él entrará
en el portal, verá luego
un patio, y en el un pozo.
Jul. Y quieres me tire dentro
con mil demonios?
Ines. No tanto,
sino que suba ligero

sobre el brocal, y que trepa
á una ventana que creo
que está siempre abierta: entra
en la casa, y al momento
levantando el picaporte
me abre la puerta.
Jul. Y eso
quién diablos te lo ha contado
Ines. Mil veces estuve dentro
de la casa, pues Monzon
es liberal con extremo,
y á merendar nos llevaba
á mí, y á otras de mi pueblo.
Jul. En fin, ello es que yo escapo
apénas te dexe dentro.
Ines. Despache, que viene gente.
Jul. Mira, rezame á lo ménos
un de profundis clamavi
por si acaso miéntras trepo
caigo en el pozo.
Ines. Qué mandria!
despache, y no tenga miedo. *vase.*

ESCENA VIII.

Don Cesar y Tristan.

Trist. Qué des en esa manía,
sin ver que vanos rezelos
son los tuyos?
Ces. Y qué quieres,
si aunque son vanos son zelos.
Aquella que salió anoche
de la casa de Don Diego
era Ines.

Trist. Es imposible.
Ces. Y la otra que estaba dentro
era Isabel.
Trist. Como puedes
creer tal disparate?
Ces. Tengo
motivo muy suficiente,
viendo me dice D. Diego
que era Elvira la que estaba,
y por la puerta á este tiempo
entra Elvira.
Trist. Pero dime,
no hay en todo el universo
mas mugeres que esas dos?
Ces. Segun la amistad tenemos
D. Diego, y yo, no es probable
quisiera engañarme en esto,
á no ser por que sabia
que aquella que estaba dentro
es la misma que idolatro.
Trist. Mucho aprieta ese argumento,
y si es eso, decir puedes
que es tu amigo verdadero,
pues te anda quitando damas,
que es como quitar de enmedio
los estorvos que pudieran
privarte de tu sosiego.
Ces. Un tiempo festejé á Elvira
tan solo por pasatiempo:
hice ausencia de la corte
tres meses, y quando vuelvo
encuentro que la festeja,
no me resentí por ello

pues no la queria mucho,
y busqué entretenimiento
á mi pasion obsequiando
á Isabel, que en aquel tiempo
llegaba de Extremadura;
pero ella sorda á mis ruegos
jamás mis amantes ansias
premió sino con desprecios.

Trist. Y Elvira qué tal miraba
tu pasion?

Ces. Como era nuevo
nuestro amor, ni le admitia,
ni le despreciaba.

Trist. Bueno!
pues mira, si eres capaz
de algun prudente consejo,
haz por quitársela tú,
y olvida á la que se ha hecho
sorda á todas tus finezas.

Ces. No dices mal, en efecto,
que entre Elvira é Isabel,
siendo cada qual un cielo
es fácil la alternativa.

Trist. Sí, en cada una tendremos
una gloria de esperanzas
y un purgatorio de zelos.

Ces. No es aquel su coche?

Trist. Sí:
y con ella vá Don Diego:
si la llevará á su casa
á presenciar los festejos
con que Madrid solemniza
á nuestro Monarca?

Ces. Eso
puede suceder muy bien.
Qué piensas?
Ces. Que los dexemos
pasar; pero cómo es
que Elvira el desaire viendo
de anoche, viene con el?
Trist. Ya habrá borrado sus zelos
con industrias mentirosas
Ces. Por lo mismo yo no debo
consentir que sea engañada
una dama á quien aprecio.
Vámonos ahora de aquí,
y otra ocasion buscaremos,
para que oiga el desengaño.
Trist. Te portas como hombre cuerdo:
mira como paró el coche
á su puerta.
Ces. Con efecto,
yo haré que no vuelva á verle.
Trist. Te comienza ya á dar zelos?
Ges. El amor pronto revive,
porque al fin es fuego eterno.

ESCENA IX.

Sala de la casa de D. Diego Doña Elvira, Doña Isabel, Don Diego y Monzon.

Elv. Con mucho tiempo llegamos.
Dieg. Nunca puedo decir eso,
pues aunque un siglo estuvieras
en mi casa, corto tiempo
le pareciera á mi amor.
Isab. Qué ternisimo concepto!

Elv. Es Don Diego muy galan.
Isab. Ménos le has de creer por eso,
porque amor es una llama
que quanto mas luce, ménos
suele quemar.
Dieg. Es engaño,
porque siempre el mayor fuego
despide mayores llamas.
Isab. Tambien se acaba mas presto,
pues todo se vuelve humo.
Dieg. Por cierto que esos conceptos
no son dé una lugareña.
Isab. En todas partes tenemos
necios que hablen disparates.
Elv. Sea lo que quieras, lo cierto
es que la misma opinion
llevaba yo en algun tiempo.
Pero dexando este punto,
sin duda con mas aseo
está compuesta esta sala.
Dieg. No está bien: mas por lo ménos
está mejor que otras veces,
porque esperaba á su dueño.
Para divertir el rato
hazme el gusto de que entremos
y verás algunos vidrios,
espejos, quadros y lienzos
de buen arte, y mejor gusto.
Elv. Supuesto que gustas de ello
entremos; pero es preciso
mires el quarto primero,
por no ponerte á peligro
de darme segundos zelos.

Diego. Aquel fué lance forzoso.
Isab. Y aqueste será lo mesmo. *apnrte.*
Elv. Lo que es ahora no dudo,
que por ley de caballero,
y sabiendo mi venida
desde anoche, por lo mesmo
esté la casa segura,
mas yo sé que á no saberlo...
Diego. Entónces fuera lo mismo,
Monzon?
Monz. Señor? *Diego.* Abre presto
ese quarto.
Monz. Y con qué llave?
Diego. Con la tuya.
Monz. Bueno es eso,
pareció mas desde el dia
que escondidas estuviéron
por tu daño aquellas damas?
Diego. Es verdad; pero yo tengo
aquí otra llave, y con ella
abriré: pero qué es esto? *al ir abrir sale Ines.*

ESCENA X.

Dichos y Ines.

Ines. Era hora de venir?
Monz. Válgame San Nicodemus!
Ines. Qué buscan esas señoras?
Diego. Y vos, qué buscais adentro?
Ines. Averiguar vuestro engaño?
Isab. Mas qué empieza á pedir zelos?
Elv. Don Diego, para esto abris?
mas yo la culpa me tengo,
pues me expongo á este desayre.

Diego. Señora, mira...
Elv. Grosero.
Dieg. Muger, fantasma ó demonio
por dónde has entrado.
Elv. Bueno!
graciosa está la pregunta,
vamos, María.
Isab. Hay despejo
semejante! qué tuviese
encerrada en su aposento
una dama y te convide?
Elv. Qué te parece de aquesto?
Isab. Qué quieres que me parezca,
que si por el pensamiento
te pasa hablarle jamás
en público ni en secreto,
no tienes vergüenza.
Elv. Sí:
á no verle me resuelvo.
Diego. Espérate, dueño mio,
que no te has de ir sin primero
averiguar este embrollo.
Descubrios al momento,
y vuestro intento sepamos.
Isab. Bien claro se está ya viendo:
si me entenderá las señas. *aparte.*
La hace la señas que se vaya.
Diego. Elvira hermosa, si en esto
tuve culpa...
Elv. Calla.
Diego. Escucha.
Hablan aparte, y miéntras tanto Monzon
procura ver el rostro á Ines.

Monz. Por mas que se tape tengo
de verla el rostro.
Isab. Ya es fuerza *aparte, y se descubre á Monzon.*
cortar el lance.
Monz. Que veo!
Eres tú, Ines?
Ines. Sí Monzon:
por verte me expuse al riesgo
que miras, dexame huir,
y no digas nada de esto.
Monz. Para el perro que lo cuente;
pero cómo entraste dentro?
Ines. Son industrias del amor,
ya mas despacio hablaremos.
Monz. Sí: marchate con mil diablos,
porque si sabe Don Diego
que has venido por mi causa
me frie en aceyte. *vase Ines.*
Isab. Creo
que ya Ines se puso en salvo, *aparte.*
Señora, y estais oyendo
disculpas tan estudiadas?
Elv. Dices bien; y pues no tengo
de creerlas, vámonos.
Diego. No has de salir si primero
no se descubre esa dama.
Monz. Qué dama? si ha mucho tiempo
que tomó la puerta.
Diego. Infame...
Isab. Comenzad á hacer extremos,
y enojaos con el criado,
siendo de los dos concierto
que se fuese; quién lo duda?

aqueso veralo un ciego.

Diego. Vive el cielo que es engaño:
Anda, pícaro, corriendo
y vé tras ella.

Elv. Detente,
porque ha de ser sin provecho.

Diego. Pues iré yo, juro á Dios.

Isab. Sois muy parte en este pleyto;
y así aunque mi señora
desista ya de quereros,
solo por curiosidad
he de ir yo sola á saberlo.

Diego. Andad muy enorabuena.

Isab. Señora, al instante vuelvo. *vase.*

Elv. Para que, sino me importa,
y tengo de irme al momento.

Diego. La vida el cielo me quite.

Elv. No te acredites de necio
pensando me satisfacen
los comunes juramentos,
quando tus engaños miro
tan claramente.

Diego. Si tengo
parte alguna en este lance,
permita amor que otro dueño
logre tus brazos.

Elv. Que pena
puede eso darte, supuesto
que ya otros brazos te esperan.
Esto se acabó, Don Diego.

Diego. Para siempre?

Elv. Para siempre,
y repara que te advierto,

que ni aun á pisar mi calle
te atrevas.
Sale Doña Isab. Ya surtió efecto
mi industria.
Diego. La has alcanzado?
Isab. Pues qué se habia de ir léjos
de la casa de su amante?
hay abaxo estaba, y creo
que esperaba á que se fuese
mi ama, para al momento
volver á subir.
Diego. Señor,
que dama es esta?
Monz. Yo temo
que descubra que es Ines,
pues que la habló.
Elv. Estais contento?
Sois inocente?
Diego. La hablaste?
Isab. Hubiera yo acaso vuelto
á no traer quantas noticias
iba á buscar?
Monz. Esto es hecho,
ella habla, y muere Monzon.
Diego. Pues satisface, te ruego
mis dudas: qué dama es esa?
Isab. La vuestra.
Diego. Cómo?
Isab. Así mesmo
lo dixo ella.
Elv. No prosigas
que ya basta de desprecio,
y mas que el mismo desayre

me ofende su fingimiento.

Diego. Tan extraño es este lance,
que aunque inocente me encuentro
no me puedo disculpar;
pero dexa por lo ménos
que nos diga lo que ha visto.

Isab. Dadme licencia para ello,
con eso averiguareis
quien es este caballero,
y él tendrá la vanagloria
de que sepamos de cierto
que es tan galan, que le buscan
las damas.

Elv. Dilo, y sea presto;
pues me falta la paciencia
para sufrir tal desprecio.

Isab. Baxé corriendo al portal,
y en él encontré al momento
la dama que adentro estaba:
descubrióse, y dos luceros
mostró en sus hermosos ojos;
y trae consigo lo bueno
tal fuerza, que aunque yo iba
á ser su fiscal, en viendo
su hermosura me templé,
disculpando sus afectos.

Monz. Y eso lo viste tú propia?

Isab. Por qué lo preguntas?

Monz. Quiero
dar muchas gracias á Dios,
porque callo y no rebiento.

Isab. Díxome: si es que venís
á hablarme, como sospecho,

de parte de aquella dama,
decidla, que con efecto
soy yo la que la otra noche
entré en casa de Don Diogo,
porque le quiero y me quiere;
y que si como contemplo
es discreta, bien hará
en desistir de este empeño,
porque miéntras viva yo
ninguna ha de ser su dueño.

Monz. Pero que no pueda yo
decir que esto es un enredo?

Elv. Haré lo que me aconseja:
no direis ya que no tengo
causa.

Diego. No pues todo es falso.

Elv. Quien lo niega todo, es cierto
que ya todo lo confiesa:
vamos, María.

Isab. Eso quiero:
dí, le olvidarás de veras?

Elv. Por mi vida te prometo
que me pesa haberle amado.

Isab. No sabes quanto me alegro.

Elv. Por qué?

Isab. Ya te lo diré
mas despacio. *vanse.*

ESCENA XI.

Don Diego y Monzon.

Diego. Qué es aquesto,
Monzon?

Monz. Señor, un embrollo

con cuya causa no acierto;
pero mira, que me maten,
sino tiene parte en ello
esta María.

Diego. Por qué?

Monz. Porque yo no sé qué veo
en ella, qué me parece
no es lo que parece. Huelo
las fregonas á diez leguas,
y ésta no lo es.

Digo. Por lo ménos
tu talento es superior
á las de su esfera.

Monz. Eso,
y el ver con qué actividad
toma parte en el momento
en quanto toca á su ama,
señor, yo soy un mostrenco,
pero esta criada es ama,
y ha de ser, sino lo yerro,
la misma que vino anoche.

Diego. Pero dime, con qué intento?

Monz. Porque te tendria cariño;
y mirando los obsequios
que haces á Elvira....

Diego. Es dificil
que asi sea. *Monz.* Pero creo
que aunque así llegase a ser,
no te pesaria de ello.

Diego. Á la verdad es hermosa,
y acredita bien su ingenio,
si es que este enredo compuso.
Vente conmigo, que llevo

una infinidad de dudas.

Monz. No son pocas las que tengo.
Ines estaba en el quarto,
con que corteja á Don Diego,
ó es tercera de la otra,
á quien todavia no vemos:
y de todo esto qué sacó?
que voy á rabiar de zelos
si quiere á mi amo, y sino
voy á dexarla, supuesto
que hurta el oficio á las viejas,
y que no soy tan viejo.

ACTO III.

Vista de calle.

ESCENA PRIMERA.

Doña Isabel y Julio.

Isab. Ha mucho que me aguardabas?
Jul. Hace ya bastante tiempo
que estaba en aquel portal
acechando si Don Diego
salia. *Isab.* Y aun no ha pasado?
Jul. No señora. Y el enredo
qué tal vá? *Isab.* Perfectamente,
pues parte por mis consejos,
y parte por su ámor propio,
Elvira tiene resuelto
no hablarle mas en su vida;

y porque quede deshecho
enteramente este nudo,
voy á llevar á Don Diego
quantos villetes de amor
la escribió.
Jul. Son muy discretos?
Isab. Lo bastante para darme
envidia. *Jul.* Tienes un genio
endemoniado. Segun
los trámites de este pleyto
ya le ganas. *Isab.* Me parece
que así será.
Jul. Y no tendremos
que valernos de la casa
del Avapies. *Isab.* Á su tiempo
se verá. *Jul.* Calla señora,
pues sino me engaño, creo
que Elvira viene. *Isab.* Es verdad.
Jul. Y bien de priesa.
Isab. Recelo
algun mal de su venida.
No te apartes de este puesto,
y apoya quanto yo te diga.
Jul. Allá vá un embrollo nuevo.

ESCENA II.

Dichos, Elvira y Luisa.

Elv. María. *Isab.* Señora mia.
Elv. Tan solo á buscarte vengo,
y fué dicha el encontrarte.
Isab. Bien podeis agradecerlo
á mi padre, que iba á casa
porque vino de mi pueblo

una prima. *Jul.* Si me hará
pasar por prima? *aparte.*
Isab. Y queriendo
que la visite, esperaba
pediros licencia. *Elv.* Luego
puedes ir adonde gustes.
Isab. Eso se dá por supuesto
luego que os haya servido
en el lance que tenemos
entre manos.
Elv. Oye aparte. *Julio y Lucía se retirán.*
Fuiste á casa de Don Diego?
Isab. No hubo lugar.
Elv. Quánto gusto
me das. *Isab.* Señora, qué es eso?
Es que estais arrepentida,
y pareciendoos que llevo
un recado muy amargo,
venis ahora con intento
de dulcificarle? *Elv.* Sí.
Isab. Mis esperanzas muriéron. *aparte.*
Elv. Qué tienes?
Isab. Me ha disgustado
que sabiendo los desprecios
de Don Diego... *Elv.* Sí, los sé.
Mas tambien sé que mi pecho
le adora, y que es imposible
olvidarle. *Isab.* Pues los zelos
dicen que el amor destruyen.
Elv. No siempre suele ser cierto,
pues á veces mas le avivan.
No puede ser en efecto
que aquella dama le siga

sin que él la dé fundamento
á su amor. *Isab.* Disimuladme
si tengo el atrevimiento
de decir que es imposible.
Quando ella sigue á Don Diego,
algun fundamento tiene.
No hay dama que sus respetos
olvide tanto.... *Elv.* Ay María,
que es muy gallardo Don Diego
y hay mugeres para todo.
Isab. Teneis razon en efecto;
pero hay hombres para todo.
Elv. Qué quieres decir con eso?
Isab. Que hay caballeros tambien
que solo por pasatiempo
enamoran: tienen gusto
en hacer rabiar de zelos
á las damas, y despues
se rien de los tormentos
que causan. Si no decidme:
cómo, si fuese sincero
el amor de ese galan,
diera á otra dama no ménos
que la llave de su quarto?
Esta circunstancia creo
que prueba no es inocente
vuestro amante. *Elv.* Si el supuesto
fuese cierto, no hay disculpa:
mas yo, María, le niego.
Isab. Negais que él la dió la llave?
Elv. Sí, pues que con juramento
me ha dicho él mismo, que no
se la ha dado.

Isab. Como es ciego
el amor, no os dexa ver
los desayres que os han hecho.
Elv. Será todo lo que quieras,
pero por lo mismo debo
escucharle sus descargos,
y si por mi dicha encuentro
que la apariencia le culpa,
y en el fondo es verdadero
su amor, darle en el instante
la mano, porque acabemos
de sospechas y desayres.
Isab. Con qué os casareis?
Elv. Hoy mesmo.
Isab. No será como yo pueda. *aparte.*
Ya no habré de ir segun eso
á su casa. *Elv.* Si que irás:
pero vuélveme primero
los papeles que llevabas.
Isab. Estos son... Qué contratiempo *aparte.*
tan inesperado! *Elv.* Juzgo
que te causa sentimiento
devolverlos. *Isab.* Si señora,
porque de este modo veo
que vos misma os desayrais.
Elv. Aunque el castigo suspendo,
no me olvido de la culpa,
y castigarle prometo
sino consigue probar
su inocencia. Vé al momento,
y dile que vaya á casa.
Isab. Ahora mismo?
Elv. Lo mas presto,

pues no admito dilaciones.
Isab. Un recado muy diverso *aparte.*
le daré. *Elv.* Qué estas hablando?
Isab. Nada. *Elv* María, yo creo
que sientes ir. *Isab.* Si señora,
porque recados como estos
no dan honor á las damas.
Elv. Son escrúpulos muy necios.
Don Diego jura que me ama,
y con sus protestas luego
disminuye las ofensas,
que una apariencia en efecto
pudo causar. *Isab.* Y vos dais
crédito á sus juramentos
contra vuestros mismos ojos?
Elv. Quién, dime, no dá por cierto
lo mismo que ya desea
que salga verdad. *Isab.* Sí... pero...
Elv. En vano es que me persuadas:
ves á casa de Don Diego,
que yo me vuelvo á la mia
á esperar... pero allí veo
á su criado. *Isab.* Es verdad.
Válgame Dios á que tiempo
es su venida.

ESCENA III.

Dichas y Monzon.

Elv. Monzon.
Monz. Quién llama?... Pero qué es esto?
Vos tan temprano en la calle?
Elv. Á tanto obligan los zelos.
Monz. Los zelos! Dígalo yo,

pues que por los zelos vuestros,
y la desgracia de mi amo,
ni él ni yo tenemos sueño
en toda la noche. Vaya,
si hemos de perder el seso
con aquella dama duende.
Elv. Será verdad en efecto
que no la conoce tu amo?
Monz. Señora, es el evangelio.
El diablo sabe por dónde
se nos mete al mejor tiempo
en casa. Toda la noche
pasamos hablando de esto
mi amo y yo. Monzon, decia
con tono muy lastimero,
hay hombre mas desgraciado
que yo? Qué siendo tan cierto
mi amor, en mi propia casa
encuentre mi dama zelos?
Qué muger podrá ser ésta?
Qué enigma que no comprehendo?
Yo cansado de escucharle
respondí: señor, sospecho
que esta dama que te sigue,
es espíritu foleto
ó dama en pena, que viene
á meterte en un infierno
de zelos y de pendencias.
Elv. María, qué dices de esto?
Isab. Qué puedo decir, señora,
que no debeis tener zelos
de un espíritu. *Elv.* Te burlas?
Isab. Qué he de hacer, si conociendo

estoy que todo es engaño.
Monz. No lo es tal. Mi amo Don Diego
os adora, de verdad,
y no tiene mas deseo
que casarse. *Elv.* Siendo así,
dile que en casa le espero,
pues aunque me hallo ofendida,
oír sus disculpas quiero.
Isab. Decid que quereis creerlas,
pues citarle con intento
de que pueda disculparse,
casi viene á ser lo mesmo
que decirle de antemano:
habla, que todo lo creo.
Elv. María, repara... *Monz.* Vaya
que esta criada está haciendo
ahora el papel de demonio
en lo que atiza. Yo vuelvo
á deciros que mi amo
no os engaña. *Elv.* Lo verémos.
Llévale el recado tú,
pues á mi casa me vuelvo.
Monz. No es mejor que vos vayais
á la suya? *Isab.* Con efecto, *con ironía.*
sea completa la fineza,
pues Don Diego es caballero,
y nunca se aplaudirá
de que despues de unos zelos
vaya su dama á buscarle,
debiendo ser él primero
que la dé satisfacciones.
Elv. Harto me dices con eso.
Isab. Yo, señora, nada digo.

Monz. Son escrupulillos necios:
vamos, señora, venid,
que el amor todos los yerros
disculpa. *Elv.* Mas sin embargo,
es fuerza que á mis respetos
no falte. Á mi casa voy,
y si me estima Don Diego,
él irá á satisfacerme.
Monz. Cómo si irá, mas ligero
que un gamo. Le voy á dar
el recado, y os prometo,
que ántes de cinco minutos
le vereis á los pies vuestros.
Que me maten si esta niña *aparte.*
no es la que fragua el enredo
que á todos nos vuelve locos;
pero este dia yo espero
que ella quedará burlada,
y llevará pan de perro. *vase.*

ESCENA IV.

Dichos ménos Monzon.

Isab. Puesto que no es necesario
vaya á casa de Don Diego,
bien podré ir á visitar
á mi prima. *Elv.* Mas te advierto
que no te detengas mucho.
Isab. No tardaré mucho tiempo.
Vamos padre. *Jul.* Vamos hija.
Señora, los pies os beso.
Elv. Id con Dios.
Jul. Y á dónde vamos,
si el negocio ya se ha puesto

de mala data. *Isab.* Eso dices?
Á inventar embrollos nuevos,
pues no pierdo la esperanza
miéntras no pierda el ingenio. *vase.*

ESCENA V.

Doña Elvira y Lucía.

Luc. Qué teneis que tan suspensa
os quedais? *Elv.* Apénas puedo
responderte: no has notado
en María qual empeño
tiene en culpar á mi amante?
Luc. Todo lo noté, y sospecho
lo mismo que sospechais.
Elv. Lo mismo? *Luc.* Para mí creo
que ésta María no vino
á serviros. *Elv.* Su talento
en verdad es superior
á su clase. *Luc.* Fuera de eso,
maldito si sabe hacer
cosa alguna de provecho
en las haciendas de casa.
Pero luce bien su ingenio,
y habla como una cotorra
quando de algun galanteo
se trata. Yo he sospechado
si acaso querra á Don Diego,
y se disfrazó tan solo
por servir de impedimento
á vuestro amor. *Elv.* No es posible,
pues si acaso fuese cierto
Monzon la conocería,
y Don Diego ademas de eso

no me hablaria de amor
delante de ella. *Luc.* Convengo
en que el reparo es muy justo,
pero no dexo por eso
de decir que tiene maula
esta criada *Elv.* Yo quiero
indagarlo. *Luc.* Pero cómo?
Elv. Ella mostró sentimiento
quando me dió los papeles,
que yo en virtud de mis zelos
enviaba á mi galan.
Luc. Y supo con maña luego
oponerse á que vayais
á su casa. *Elv.* Todo esto
me hace sospechar si acaso
será la dama que dentro
de su quarto ocasionó
mis quejas. *Luc.* Pudo en efecto
ser ella, pues vuestro amante
afirma con juramento
que no la conoce. *Elv.* Sí:
y quizás para otro nuevo
embrollo de mí se aparta.
Luc. Y en ese caso qué haremos?
Elv. Prevenir sus intenciones.
Luc. Cómo?
Elv. Zelando á Don Diego
tú misma, miéntras te aguardo
en esa iglesia que vemos.
No te apartes de esta calle;
si sale, vesle siguiendo,
y si á casa se encamina,
venme á avisar al momento.

Lo mismo harás si sucede
que entren mugeres...
Luc. Ya entiendo.
La trampa está bien dispuesta;
vamos, no se pierda tiempo.
Te acompañaré á la iglesia,
y desde ella aquí me vuelvo:
busco un portal, y tapada
con el manto, te prometo
que haré buena centinela.
Elv. Vamos allá, que mi pecho,
á pesar de estas ofensas,
no sé que me está diciendo
á favor de quien me ofende.
Luc. Te dirá que todo esto
es apariencia no mas,
y que te quiere Don Diego.
Elv. Mi tormento será gloria
si ese anuncio es verdadero. *vase.*

ESCENA VI.

Quarto de la casa de Don Diego.

Don Diego y Monzon acabándole de vestir.

Diego. Despáchate.
Monz. Ya estás limpio:
marcha, señor, al momento,
y te encargo que no vuelvas
á casa siendo soltero,
ó teme que ese demonio
que anda en tu seguimiento
te quite á Elvira, y te dexe
sin boda.

Diego. Yo no comprehendo
qué duende es este.
Monz. Ni yo;
mas sin embargo estoy cierto
que esa criada de Elvira
se ha mezclado en el enredo.
Diego. Será ella misma la dama
que vino favor pidiendo
contra su esposo.
Monz. Quien sabe.
Diego. Luego ella fué, segun eso,
la que ayer tarde se entró
en mi quarto.
Monz. Eso no creo.
Digo Ni yo: pues ella salió
quando estaba en este puesto
la que juzgamos culpada.
Monz. Y otro mayor fundamento
que yo tengo aunque lo callo.
Diego. Ese es el que yo deseo
saber.
Monz. Temo que te enojes.
Diego. Vamos, habla, no seas necio.
Monz. Pues señor es... mas llamáron. *llaman.*
Diego. Ve á ver quién es.
Monz. Yo recelo
el que sea otra fantasma. *vase.*
Diego. Vive Dios que ya deseo
salir de tantos embrollos.

Sale Monzon.

Monz. Nueva aventura tenemos.
Es un mozo de cordel
con este billete. Presto

leele ; pero disponte
á no creerle.
Diego. Ya lo leo.
"La dama de aquella noche
»deseando devolveros
»la llave de vuestro quarto,
»os espera en el momento
»en su casa."
Monz. Pone señas?
Diego. Enfrente de San Lorenzo,
firmando Juana Vergara.
Monz. Y crees tú que su intento
es devolverte la llave.
Diego Sea lo que fuese, no puedo
ir á su casa, que Elvira
me aguarda, y debo primero
satisfacerla, que dar
con mi detencion pretesto
á que su desayre crea.
Monz. Andas muy prudente en eso,
pues si fueras á la cita
dexabas tu amor expuesto.
Diego. Se fué el mozo?
Monz. No, que aguarda
respuesta.
Diego. Pues segun eso
voy á escribir. *se pone á hacerlo.*
Monz. Ten cuidado
con lo que pones, que temo
tenga esa dama tal maña,
que te ponga impedimento
con ese mismo papel.
Diego. Escucha lo que la he puesto. *lee.*

Pues la dama por quien muero,
y otra, que no sé quién es,
me citan, muy justo es
si á la que adoro prefiero.
No me culpeis de grosero
si á vuestra cita no voy,
pues de otra llamada estoy,
y os dexo la llave en muestra
de que mi casa es muy vuestra,
mas yo de otra dama soy.

Monz. Excelente desengaño! *vase.*

Diego. Pues despacha el mozo, y luego
dame el sombrero y la espada,
porque no aguarde mas tiempo
Elvira.

Monz. Creo, señor,
que diste el golpe maestro,
y cortaste los embrollos
de raiz. Toma el sombrero
y vámonos... Pero aguarda,
ahora digo que es mal hecho
que la dexases la llave.

Diego. Por qué razon?

Monz. Porque temo
que se nos entre otra vez
en casa.

Diego. De ese apasento
es la llave que la dí;
y pues nosotros tenemos
la de la calle, no puede
entrar en casa.

Monz. Eso niego,
como entró ayer en tu quarto,

sin que le dieses primero
la otra llave de la calle.
Diego. Bien dices ; pero no hay miedo
de que suceda , pues hoy
quedará todo dispuesto
para casar con Elvira.
Monz. Otra vez llaman. *llaman.*
Diego. Qué es esto?
Monz. El demonio que se opone
á que te cases. Apuesto
á que es la dama que viene
á buscarte. *Diego*. Lo veremos,
abre la puerta. *Monz*. Ya voy. *vase.*
Diego. Quién será? pero que veo,
Don Cesar... amigo mio.

ESCENA VII.

Dichos y Don Cesar.

Cesar. No llameis amigo vuestro
á quien ofendeis. *Diego*. Mirad
lo que decis , en qué puedo
ofenderos? hablad claro,
y me encontrareis dispuesto
á desvanecer la queja.
Cesar. Hablais de veras? *Diego*. Me precio
de hacerlo siempre. *Cesar*. Mostradlo
descubriéndome un secreto
que me interesa saber.
La dama que estaba dentro
de vuestro quarto quién era?
Diego. Yo os estimára por cierto
que me lo dixeseis vos.
Cesar. Antes de responder á eso,

os acordaré que fuí
amante de Elvira un tiempo,
y que vos, miéntras mi ausencia,
pretendisteis sus afectos.
No lo sentí ciertamente
por ser aquel galanteo
ócio de la juventud,
mejor que amor verdadero.
Me enamoré de Isabel,
y como nunca secreto
tuve para vos, os dí
parte de ello, no creyendo
que aspirarais en mi daño
á obsequiarla. *Diego.* No os entiendo:
yo he pretendido á Isabel?
Ces. Pues á mi pregunta vuelvo:
quién era la que allí estaba?
Diego. Y yo vuelvo á responderos
que no lo sé. *Ces.* Pues yo sé
que al entrar al quarto vuestro
ví salir á su criada,
que ella se ocultó al momento
que yo llegué, que dixisteis
que era Elvira, á cuyo tiempo
entró Elvira por la puerta.
Diego Quanto decis es muy cierto,
mas no conozco á la dama
que se ocultó. *Ces.* Su escudero
conozco bien, y le he visto
á vuestra puerta ahora mesmo,
por señas que salió un mozo
con un billete, que vuestro
será sin duda ninguna.

Diego. Es verdad, mas no lo es ménos,
que ignoro quien le escribió.
Ces. Callad, que no he de creeros.
Diego Os lo juro por mi honor,
y á fin de que satisfecho
quedeis, mirad el papel,
que ese mozo que vos mesmo
visteis, me entregó de parte
de esa dama, que me ha vuelto
loco todos estos dias. *Cesar lee para sí.*
Monz. Y aun no acabó, segun creo,
pues aun colea el embrollo...
Ces. Eso confirma de nuevo
mis sospechas. Aquí dice
vive junto á San Lorenzo,
y ayer en aquel parage
ví á Ines su criada. *Monz.* Quedo.
Ines decis que se llama
su criada. *Ces.* Sí por cierto.
Quise seguirla, pero ella
huyó de mí. Todo esto
unido á que se ha mudado
Isabel, me está diciendo
que ella es la que yo ví
en vuestro quarto. *Diego.* No puedo
decir que sí, ni negarlo,
puesto que afirmaros vuelvo
que no la conozco. *Monz.* Vamos,
que los dos teneis en esto
mil razones. Isabel
es la autora de este enredo,
pues la criada Inesilla
fué la que de ese aposento

salió ayer. *Diego.* Tú la conoces?
Monz. No seguiré si primero
no me ofreces no reñirme.
Diego Habla, que yo te lo ofrezco.
Monz Pues, señor, quando yo quise
impedirla el paso, á efecto
de que tu dama quedára
satisfecha, encontró medio
para engañarme. Me dixo
yo soy Monzon, que aquí vengo
por buscarte. Repliqué,
y cómo entraste aquí dentro?
Respondió: en otra ocasion
te lo diré. Mas te ruego
que me permitas salir
no me conozca Don Diego,
y te despida. Lo hice,
y veo que fué todo ello
un engaño, y que ella vino
solo por mandato expreso
de esa Isabel ó ese diablo.
Diego. Ya conocereis en esto
mi ingenuidad. Si esa dama
llevase acaso el intento
de conseguir mi cariño,
es con un modo tan nuevo,
que ni aun quiso que las viese
el rostro: así vuestros zelos
ella misma es quien los causa
sin que yo dé fundamento.
Tan solo aspiro á la mano
de Elvira: de ella me veo
citado, y por eso mismo

acabo en este momento
de responder al billete
que veis: que acudir no puede
á la casa, y que conserve
la llave; pero sabiendo
que si la fié mi casa
nunca la entregué mi pecho.
Juzgo, Don Cesar, que así
ya quedareis satisfecho.

Ces. Por vuestra parte lo estoy,
pero falta que á mis zelos
dé satisfaccion. Yo voy
á esa casa con intento
de saber si Doña Juana
de Vergara es el sugeto
que con nombre de Isabel
ha cautivado mi pecho.

Diego. Bien hareis; pero si fuese
os tendria por muy necio
si vuestro amor proseguis.

Ces. Desengaños como estos
son capaces de borrar
el amor mas verdadero,
pero con todo, no sé
si serán bastantes ellos
á hacer que olvide á Isabel.
Dadme licencia, Don Diego,
y perdonad que os culpase
injustamente. *Diego.* Los zelos
siempre quitan la razon.
Andad con Dios, pero os ruego
me noticieis las resultas
de esa visita. *Ces.* Os lo ofrezco. *vase.*

ESCENA VIII.

Don Diego y Monzon.

Monz. Yo me atrevo desde aquí
á decir de todo ello
las resultas. Esa dama,
esa Isabel ó embeleco,
es la propia Mariquita
que sirve á Elvira: esto mesmo
te dixe desde el principio.

Diego. Por Dios que si fuese cierto
la tal Isabel demuestra
que tiene mucho talento.
Vamos á casa de Elvira,
y allá la verdad sabremos.

Monz. Vamos, pues, si quiere Dios:
mas ya no quiere, pues veo
que viene la tal María.

Diego. Mas malo que todo es esto.

ESCENA IX.

Dichos é Isabel.

Isab. Señor Don Diego.

Diego. María.

Monz. Dios ponga á tu lengua tiempo.

Isab. Extrañareis mi venida,
no es verdad? *Diego.* Por fuerza tengo
que extrañarla. *Isab.* Que sentirla
dixerais mejor, pues vengo
á traeros malas nuevas.

Monz Quándo hiciste tú algo bueno! *aparte.*

Isab. Mi ama me envia á deciros..

Diego. No te molestes, supuesto

que me citó para hablarme,
y oir de su boca espero
el recado que me traes.
Ya hubiera ido como debo
á la cita, á no haber sido
que unos amigos viniéron,
y con la conversacion
me hiciéron perder el tiempo.
Isab. No sabeis lo que perdisteis
quando perdiais el tiempo. *Dieg.* Porque...
Monz. No creais palabra. *aparte á su amo.*
Isab. Porque perdisteis no ménos
que la ocasion para hablar
con mi ama. *Diego.* Cómo es eso?
Isab. Como ha venido la tia
que sabeis que al amor vuestro
es contraria. *Diego.* Y no podré
hablar á Elvira. *Isab.* Eso mesmo
os venía yo á decir.
Monz. Mentira, todo es enredo. *aparte á él.*
Diego. María, dices verdad?
Isab. Y á vos os pesa de cierto
que la diga? *Diego.* Tal preguntas
sabiendo mi amor sincero?
Isab. Que yo le se?.... Demasiado *aparte.*
Diego. No lo ignorarás, supuesto
que en tu presencia lo dixe.
Isab. Tambien no faltó sugeto
que en mi presencia afirmase
lo contrario. *Monz.* Con misterios
te pretende entretener.
Vamos, señor, y acabemos
de embrollos hablando á Elvira.

Isab. No puede ser, quando vengo
tan solo porque no vayas,
pues hay un impedimento.
Diego. Y no eres tú quien le pones?
Isab. Yo, Don Diego? *Diego.* Por lo ménos
impediste que viniera
ella á mi casa, y lo mesmo
puedes impedir quo yo
vaya á la suya. *Isab.* Eso niego,
pues allá favorecí
á mi ama, quando en esto
la ofendiera. *Diego.* Por qué causa
llamas favor haber hecho
que á mi casa no viniese?
Isab. Hay en ella muchos riesgos.
Diego. No faltan donde tú estés.
Isab. Todo al contrario, yo creo
que voy siempre muy seguro
por todas partes. *Diego.* Es cierto,
y si acaso algun peligro
tienes, nunca es verdadero,
pero le sabes fingir.
Isab. Eso es lo que yo no entiendo.
Diego. Acuérdate de la noche
que aquí venistes huyendo.
Isab. Qué decís? Yo á vuestra casa
vino fugitiva? Veo
que os chanzeais, ó que quizás
quereis engañarme á efecto
de que diga á mi señora
vuestra inocencia: si es eso,
yo callaré que teneis
dama, que con todo extremo

solicita vuestro amor
con ardides y... *Diego.* Acabemos:
sabes quien es? *Isab.* No decís
que soy yo misma? *Diego.* Protesto
que á no decir que ella y tú
sois una propia, no puedo
entenderlo. *Isab.* Linda chanza,
quando me veó sirviendo
aspirára á enamorar?
Diego. Tu belleza, tu talento,
y un no sé qué que en tí miro,
á voces me están diciendo
que no eres lo que pareces.
Isab. Vaya, decidme requiebros,
pues aunque el tiempo perdais,
al fin yo no pierdo el tiempo.
Diego. Sí que le pierdes María.
Isab. Al reves, por no perderlo
os callaré una noticia
que pensé daros. *Monz.* Yo veo
que vá á salir de su boca
algun embolismo nuevo.
Diego. Noticia tú á mí?
Isab. Y muy mucho
interesante. *Diego.* Te ruego
no la calles. *Isab.* Para que
he de decirla si en ello
el tiempo hemos de perder.
Diego. Válgame Dios y que presto
has perdido la esperanza.
Isab. Si la perdiera os protesto
que á veros no volveria.
Diego. Luego ésta visita debo

á tí propia. *Isab.* Á mí no tal,
sino á Elvira. *Diego.* Yo no entiendo
lo que dices. Qué esperanza
te ha conducido á este puesto,
que dices que á no haber sido
por ella no hubieras vuelto
á mi casa? Explícate.
Isab. La esperanza que yo tengo
es que un fino amor pagueis.
Diego. Nadie paga si primero
no reconoce la deuda.
Isab. Pues al acreedor yo creo
que se ha dado á conocer.
Monz. Bien claro te está diciendo
que es ella. *Isab.* No digo tal.
Monz. Pues cómo hemos de entenderlo?
Isab. Diciendo yo la noticia
que vine á dar á Don Diego.
Diego. Y quál es? *Isab.* Que una señora,
cuyo caudal es muy bueno,
y mejor que su caudal
y que su dote, su ingenio,
solicita vuestro amor,
y se expone á muchos riesgos
por conseguirle: dudé
participaros todo esto
viendo que á Elvira estimais;
pero lo digo, teniendo
alguna leve esperanza
de que á un amor tan sincero
correspondais. *Diego.* De ese modo
no vienes por el precepto
de Elvira. *Isab.* Con su recado

venía: mas para esto
de dar un recado, tiene
otras que puedan hacerlo,
y si éste tomé á mi cargo
fué tan solo con intento
de daros esta noticia.
Diego Y como sabes todo eso
que cuentas? *Isab.* Porque conozco
la dama cuyos afectos
mereceis. *Monz.* Y es muy hermosa?
Isab. Si he dicho que tiene ingenio,
ya se dexa conocer
que no lo será. *Diego.* Hay exemplos
de damas que han reunido
á la belleza el talento.
Isab. Puede, mas no vi ninguna.
Diego. No, te has mirado al espejo?
Isab. No que aborrezco el cristal
porque desengaña luego,
y me dice lo que soy.
Diego. Te gustará segun eso
que no te conozcan. *Isab.* Sí.
Diego. Luego tu aborrecimiento
mereceré en el instante
que te conozca. *Isab.* Veremos
si sabéis disimular
ó si sois como el espejo
que desengaña de pronto.
Diego. Quien se precia de sincero
nunca engaña. *Isab.* Ni tampoco
el que se precia de atento
dice todo lo que siente.
Diego. Sí, pero en casos como estos

es el silencio culpable.
Isab. Y se expone á ser grosero
quien le rompe en estos casos.
Quedad con Dios, que no debo
saber mas. *Diego.* No te has de ir
sino me dices primero
si eres la dama que vino
á mi casa. *Isab.* Y suponiendo
que fuese yo: qué direis?
Diego. Con esa duda no quiero
responderte. Dime, acaba,
si fuistes... pero á qué efecto
pretendo que me lo digas
quando me lo están diciendo
tantas señas. *Isab.* Si son tantas,
y vos señor sois tan necio
que entenderlas no sabeis,
yo callára suponiendo
que fuese la misma dama,
pues conociera por cierto
que quien no sabe entenderme
ménos sabrá por supuesto
corresponderme. *Diego.* Eso es
volverme á encerrar de nuevo
en la cárcel de la duda.
Isab. Que en fin, solo vuestro pecho
quiere á Elvira? *Diego.* No es posible
que nunca sea de otro dueño.
Isab. Os estimo el desengaño,
y se lo diré lo mesmo
á la dama que me envia.
Diego. Luego no eres tú de cierto.
Isab. Yo no soy mas que criada.

Diego. Por mi vida que celebro
que así sea *Isab.* Por qué causa?
Diego. Por no haber sido grosero
en presencia de esa dama
que se expone á tantos riesgos
por el amor que me tiene.
Isab. Por no verse en el aprieto
de escuchar de vuestra boca
ese desengaño, creo
que no ha venido en persona
á veros. *Diego.* Anduvo en eso
muy prudente. *Isab.* Y yo lo extraño,
pues el amor y los zelos
pocas veces son prudentes.
Quedad á Dios, que no tengo
mas que hacer en esta casa,
y á la de mi ama me vuelvo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Don César, Elvira y Lucía.

Elv. Es en vano que allá vayas,
pues la que por tus enredos
pudo ser tu ama ya sabe
quien eres. *Isab.* Hay mas tormentos!
Yo, señora... *Elv.* No pretendas
negarlo quando ya tengo
un testigo que publica
tu calidad. *Ces.* Todo es cierto:
Don Diego, ésta es la señora
que os dixe. El disfraz grosero
que la cubre, es una prueba
de su demasiado ingenio,
y tambien de la injusticia

con que me trata. *Isab.* Teneos,
y no me llameis injusta,
pues que lo sereis en eso.
Ya sabeis que á vuestro amor
correspondí con desprecios:
que jamás os dí motivo
para formar ni un pequeño
vislumbre de confianza.
Así léjos de ofenderos
solicitando estorvar
los intentos de Don Diego,
solo me ofendí á mí propia,
y así mi castigo encuentro.
Sí, Elvira, yo soy la misma
que salió del aposento
de Don Diego aquella noche:
la que os estuvo sirviendo
de criada, y finalmente,
la que solo vió con esto
que Don Diego es fiel amante,
y que á pesar del ingenio,
siempre el amor triunfar sabe
quando es amor verdadero.
Diego. Ella misma me defiende,
pues ya veis que vuestros zelos
tan justos en la apariencia,
en la verdad no lo fuéron.
Elv. Pero si sois vos la dama
de aquella noche, no entiendo
cómo es que estando á mi lado
pudo la misma estar dentro
de ese quarto. *Isab.* Es que esa fué
mi criada. *Ces.* La que luego

con nombre de Doña Juana
se mudó ácia San Lorenzo.
Yo vengo ahora de su casa,
y todo lo he descubierto.
Al volver encontré á Elvira,
que ya venía, sabiendo
que su criada se hallaba
en vuestra casa. *Luc.* Así es cierto,
pues que yo la dí el aviso.
Diego. Pues te consta quan sincero
es mi amor, tan solo aspiro
á que me otorgues en premio
tu mano. *Elv.* Cómo negarla
pudiera? Pero primero
quiero pedir una gracia
á Isabel tambien en premio
de los sustos que me hizo
pasar. *Isab.* Ya saberla espero.
Elv. Que fina correspondais
al amor que tanto tiempo
os tuvo el señor Don César.
Isab. Vivid feliz con Don Diego,
y no querais obligarme
á que para complaceros
case con hombre á quien nunca
puedo querer. Es mi genio
incapáz de sujetarse
á los lazos de himeneo,
á no ser con mucho gusto.
Ya bastante he descubierto
mi carácter en la intriga
que formé. No quiso el cielo
que mis fines consiguiese,

pero me queda el consuelo
y el placer de verme libre,
y Don César, si es discreto,
me deberá agradecer
este desengaño, puesto
que no será buena esposa
la que no ha sido primero
buena amante. *Ces.* Bien decis.
Mas sin embargo no pierdo
el amor con que os adoro.
El peregrino talento
que mostrais, es como un lazo
que siempre me tendrá preso,
y siempre le adoraré.
Isab. Yo al contrario le detesto,
pues solo para mi daño
me ha servido mi talento.
En fin, voy desengañada.
Mi esperanza habia puesto
en un puchero: fué barro,
no pudo sufrir el fuego
del amor, y en esta hoguera
al fin se rompió el puchero.